



*El Ave Fénix*

*María Consuelo Socha*

**E**n la sabana inmensa del Meta me encuentro caminando con niños indígenas, por sendas angostas buscando mangos, hoy no hay nada más que comer, el casabe se acabó, ellos me hablan en sikuani y les hablo en español, sin embargo hay mucha comunicación. Los niños juegan, llevamos morrales trenzados que han hecho sus padres, esta es una comunidad de artesanos, hay varias chozas alrededor, me detengo, miro, ¿me habré devuelto en el tiempo unos quinientos años? ¿Cómo llegué hasta aquí?

De pequeña recuerdo las historias de mi abuelo cuando ambos nos recostábamos para mirar el cielo, en mi casa de infancia, contándome de las rancherías de indígenas que había alrededor de su pueblo; las guajibiadas o matanzas de indígenas los sacó de allí y de muchos territorios hacía el oriente a los resguardos en donde se encuentran ahora. Mientras charlamos con mi abuelo llega mi hermano con sus ojos muy rojos, lagrimean, son los años 1970; la policía arremetió con gases lacrimógenos su marcha, estudia en la Nacional, el movimiento estudiantil está fuerte.

Años antes de hacerme estas preguntas, en la penumbra y solo alumbrados por las infinitas estrellas del Vichada, juntos con un grupo de indígenas, caminamos, damos vueltas a la cancha de su internado, estamos orando despacio el Rosario, ellos se irán al otro día, tenemos que suspender el curso, es tiempo de recoger la hoja de coca, ellos se unirán al grupo de colonos que ya están allá. Cuando recuerdo este andar lento me veo marchando con mis compañeros docentes varios años después de muchas marchas con mi universidad, una vez más estoy con ella, los jóvenes corren, nosotros vamos despacio.

Parece que el tiempo formara un círculo en el que todo vuelve a empezar. A mi hermano lo desaparecieron, han matado muchos familiares, como a muchos padres de mis niños. Josué, mi alumno de 7 años me contó ayer que mataron a su madre, él quiere ser sicario para vengarla. Jennifer está feliz porque por fin conoció a la suya, ella se había marchado a otro país.

Esta semana con mis compañeros profesores pasamos una carta para solicitar a nuestro rector que nos permitiera participación democrática, estamos cansados de sus arbitrariedades. No sé por qué a veces se nos olvida que los derechos no solo se deben pedir hacia afuera sino también hacia adentro de los colegios, donde tenemos que vivir con mucha frecuencia realidades de injusticia.

El rector, a pesar de estar muy disgustado y afirmar en forma contradictoria que se acabó la comunicación por lo que hicimos, cita a una reunión, muchos compañeros por fin nos podemos expresar, nuestro compañero de Filosofía manifiesta que cuando hay decisiones unilaterales, nos están dando trato de obreros, no de profesionales de la educación. Elkin, el compañero de música que nunca había hablado en reuniones como muchos de los que estamos allí, se expresa muy bien y hace un símil muy bonito al afirmar que la escuela se convierte en una selva deshumanizante y salvaje cuando no hay caminos de comunicación. Pienso, si toca entrar con machete en mano para abrir campo, esta vez el machetazo fue colectivo, debemos seguir firmes y unidos no vaya y sea nos cojan dormidos y nos bajen del bus, a mí ya me ha pasado.

Hace muchos años estando yo entre dormida y despierta viajando con los misioneros montfortianos, viejos andantes de estas tierras, escucho gritar de pronto: "Bájense, bájense, ¿se les pegó el rabo a la silla o es que les pesa?". Nos sacan a empujones, no sé bien qué grupo es, porque en esta tierra de nadie cada grupo tiene su parcela y desde que no se pisen las mangueras, guerrilleros, ejército y paramilitares comparten el botín, aquí hay coca para todos, ni mi general, ni mi comandante, ni alias XX se molestan desde que no le quiten su parte. ¡Virgen Santísima! qué montón de armas, esto parece Rambo versión Vichada, mis compañeras lloran, yo no sé por qué no lloro, he de estar ya curtida, o quizás a mí el susto me tocó la noche anterior.

Una vez ya en la hamaca para dormir en el resguardo me pregunto: ¿Qué huele mal? Ah... son los marranos de Uribe, los indígenas ya nos habían contado que de noche se siente el olor, esta era una noche de luz, me voy a dormir de últimas, me encanta ver las estrellas fugaces, solo aquí se pueden ver así, pasa una y al rato la otra; y así, cuesta despejarse. De pronto siento unos pasos pesados, estoy acostumbrada a los de los indígenas, caminan descalzos, son rápidos, ligeros y pasan de largo. Estos son pasos diferentes, van lento, son botas, se detienen a observarnos, cierro los ojos y me hago la dormida, no los puedo ver, pero siento sus miradas, no sé si es más el miedo o la rabia del espectáculo que me habían obligado a perderme, por encima del toldillo volaban muchas luciérnagas, parecía una danza de haditas, cuando los pasos pesados se fueron, hasta ellas se habían ido despavoridas.

Para poder quitarme el susto de encima procuro recrearme con la anécdota del día, un sacerdote que va a celebrar misa al resguardo, ya en la eucaristía, pregunta si alguien había muerto. Uno de los niños que entiende español, pero no lo habla, responde *ajibi*. El cura levanta las manos y en tono ceremonioso dice: “Oremos por el alma del hermano *ajibi*”. Todos ríen como durante diez minutos, los indígenas para reír son maravillosos, el padre sorprendido pregunta qué pasó, alguien le responde: “Padre, *ajibi*, significa nadie”.

Por fin me puedo dormir. Al otro día pasa el ejército preguntando que si no habíamos visto nada, como yo no los vi, solo los escuché, digo que no, además recuerdo el enorme letrero que tiene *Chispas*, uno de los pocos colonos viejos que quedan en la región, a la entrada de su finca, en letras grandes se lee: “Primer mandamiento oír, ver y callar”. Callada quedó mi compañera, muda, engarrotada, se la quieren llevar, vienen varias jovencitas con ese grupo, como de la edad de ella. A nosotras ellas nos requisan feo, a los hombres los requisan los muchachos, uno de ellos en especial me impresiona, tiene una mirada muy triste, nos quitan las cédulas, nos hacen esperar un rato y como nos bajaron nos suben, se van rápido en un camión, se pierden. Ya no los vemos más.

En el bus sigo pensando en el muchacho de mirada triste, de desesperanza, me vienen a mi mente unos primos, estaban muy mal económicamente, ellos se los llevaron, los ilusionaron con la mentira de que les iban a pagar muy bien, cuando se dieron cuenta que no sería así y se quisieron salir ya no pudieron, los mataron a los tres, los veo de pequeños como jugábamos de chévere, pienso también en Paula, mi estudiante de primero, le aterrizan los uniformes, cada vez que ve un uniformado grita y sale corriendo, a su hermano de 9 años se lo llevó la guerrilla. Ella viene del Pacífico, de Barbacoas, esto la hubiera asustado mucho.

A nuestro colegio van mucho los policías, hacen requisas, no les va mal, a veces salen con algún muchacho, como el de noveno, se saltó la barda, atracó y volvió, encontraron el revólver en el tanque de una tasa, desde entonces amarran con alambre las tapas de los tanques, tengo que distraerla mientras todo esto sucede. “¡Si los ve le digo que vinieron a dictarles un curso!”. Sin embargo, le da mucho miedo. Cómo quisiera decirle que el miedo se irá, pero el miedo es como esos visitantes malucos que vienen con alguna excusa, pero aunque esta desaparezca ellos buscan otra y ya no se van. Menos mal que aquellos sí se fueron, llegamos a un caserío, nos compran chokolinas después de ese trago amargo, bien, por lo menos ahora nos quedará un sabor agridulce.

Volvemos al bus, sigo pensando en la cara del chico, qué mirada tan desolada, Dios mío, como la de mi sobrino David de 6 años, él ya sabe que algo anda muy mal, le decimos que su papá se fue a viajar, pero él sabe que no. Nos dice: “Él no llevaba maleta, tampoco se puso el saco, solo iba a comprarme la plastilina para mi tarea, además mira a mi padre llorar como un niño”. Mi padre perteneció al ejército, a los comandos anti guerrilla, veo a David y pienso cuándo acabará esta cadena tan horrible, por qué mi abuelito tenía que salir corriendo de su finca en las noches con su familia para que no los mataran, violaran a su esposa y a sus hijas o quemaran su casa.

Recuerdo la quema de la casa grande, desde mi ventana se veían las llamas, allí adentro estaba sufriendo mucha gente y aunque mi hermano no estaba ya, sentía que eran muchos hermanos míos los que se estaban quemando, con mis estudiantes pasábamos en la ruta todas las tardes, justo por la misma puerta por donde entraron ellos. Ese día no nos dejaron pasar, todavía no sabíamos por qué, pero había mucho revuelo en el centro, al otro día los niños me hacen muchas preguntas que yo no puedo responder, ni si quiera había podido dormir, me escondía debajo de las cobijas y rogaba que solo fuera una pesadilla, aunque en verdad sí lo era. Quizás esto mismo que yo sentí yo esa noche sentía mi abuelo cuando tenía que quedarse a dormir en el monte, en donde las arrieras les dañaban su ropa y desde donde podía ver otras casas ardiendo.

También me pregunto por qué mi mami tiene que pasar con los recuerdos tan vívidos de los camiones que llegaban al pueblo llenos de muertos, cuando ella era una niña, o del día que tuvo que salir corriendo del pueblo con mi padre herido, que aún hoy con sus 90 años no puede dormir por las pesadillas. ¿Y por qué ahora después de estar vieja y cansada por todo lo que le ha tocado vivir debe sacar fuerza y revelarse para no pagar cuota, allá en el pueblo a donde pudo volver después de muchos años? O mí cuñada... Añorar tanto el día en que estábamos en casa de mi hermano con ella, acompañándola después de varios meses que él no venía y querer volver a ver cómo de pronto se abre la puerta y era él. Ella lo ve con esas miradas largas, él estaba flaco, ojeroso y barbado, y le pregunta qué va a desayunar. Él contesta: “Lo de siempre”. Nos sentamos a la mesa, desayunamos, no hay preguntas, todos sabíamos dónde estaba, además si las hiciéramos él no podría respondernos, varios de mis niños tampoco pueden ya responderlas como Carlitos.

Es mi primer año de trabajo en el distrito, yo venía de colegio campestre bilingüe, cursos pequeños. También me tocó campestre pero al otro extremo de la ciudad, hace frío, construcción vieja, debió haber sido una casona,

llego temprano, no hay nadie, están en asamblea, antes permitían hacerlas, pero está él, creo que igual de despistado que yo. Me muestra el salón, será mi alumno. “Somos 46 – me dice –, todos los días se pierde algo, es Carlitos”. Le pregunto por qué y responde: “Mi papá me enseñó, él me dice que es un trabajo, ya no trabajaré más, me lo mataron detrás de la escuela”. Tampoco lo hará Wilmer, intentó atracar un taxi, entre varios taxistas lo mataron a golpes, yo le había regalado una guitarra, le encantaba la música, pensé que eso podría ayudar; ni Osquitar, a quien se lo llevaron a Bienestar Familiar por maltrato, demasiado tarde, su padre salía con él a tomar y donde él caía el niño debía pasar la noche, una de tantas esas noches, en la calle, un tipo lo violó, donde lo tenían era horrible, me rogaba que lo sacara de allá, lo último que me pidió fue un *bluejean*, tuve que cambiárselo por una lápida, murió de sida.

También un día me dejaron a Jefferson una tarde con sus ojitos perdidos y su cara descompuesta, me lo traen del otro primero, la profesora no lo soporta más, se mete debajo de los pupitres, grita, manosea a sus compañeros, los golpea, lo sacan del salón como a un borreguito que va al matadero; cuatro jóvenes, cada uno lo toma de una extremidad, y dejan su cuerpo colgando, pido que lo bajen, se queda en un rincón del corredor, me entro, dejo que se tranquilice, al rato vuelvo, y le pregunto que si quiere entrar, desde ese día se quedó conmigo, no hace casi nada en las guías, cuando lo hace tengo que observar su rostro, así no se le puedo pedir más, o si solo debo alabarle la ventiuúnica actividad que desarrolló en toda la tarde. Él viene de Mutatá Antioquia, a sus padres les tocó salir de allí, llegó con su familia completa, ahora su padre está en la cárcel, eso es duro, a un primo también lo tuvieron por problemas de visión, no vio uno que otro avioncito, era controlador aéreo.

Jefferson habla con su padre por teléfono, su madre, quien lo maltrata, se va a trabajar, su hermano cocina para todos, son seis hermanos, viven en una pieza con dos camas. Al llegar a Bogotá el niño no estudiaba todavía, su mamá lo dejaba donde una vecina, el hijo de ella abusó de él, un día llegó con la carita quemada, comen poco, él siempre tiene hambre y ayuda para preparar el almuerzo que sería arroz con tajadas. Cuando fritó el plátano, el aceite salpicó y le cayó en la cara, se rasca mucho, le digo que no se moleste porque le podría quedar cicatriz, que menos mal por su piel oscura no se notará mucho, que eso es bueno. Me dice: “No, no es bueno, yo no quiero ser negro, los niños se burlan, me dicen carbón quemado y muchas cosas feas”.

Al otro día le traigo una película, *Kirikou*, es muy linda, de un niño negro pequeñito, así como Jéfferson, que se convierte en héroe, le gusta mucho y

me pide que la pongamos muchas veces, ahora desarrolla más actividades, no igual que todos, pero más. A veces se niega, lo motivo pero no lo obligo, pienso que es de las pocas cosas que tiene para afirmarse como persona, decir que no, creo que tiene derecho, no pudo decir no cuando lo sacaron de su tierra, cuando lo separaron de su padre a quién adora, cuando lo violaron. Además ya ha recibido mucha violencia y yo no puedo violentarlo más, estoy repartiendo los refrigerios, los mira con mucha gana, le voy a dar el de Jefferson, él me dice: “No, déselo a la aseadora”. Yo pienso: “Este se salvó; si en medio de todas las cosas atroces que le ha tocado vivir, y sigue viviendo, puede hacer un acto tan humano, creo que ya pasó al otro lado”.

De eso se trata, en medio de toda esta barbarie, no permitir que el dolor o el miedo nos dobleguen o nos desquicien, como mi abuelita que murió en un hospital psiquiátrico. Hay que lograr que ellos y nosotros seamos cada día más humanos, más libres y capaces, romper el círculo, impedir que nos volvamos junto con ellos otros victimarios, no sé cuántos lo lograremos, la desesperanza en ocasiones retuerce el corazón. Incluso de mí misma a veces tengo dudas, tampoco sé cuando ya no serán necesarias las marchas de marzo que visibilizan las víctimas, sin embargo guardo la esperanza que ni a mí ni a mis niños nos suceda lo que a muchos colombianos que nacieron en un país en guerra y tuvieron que morir en un país igual y desigual, o quizás solo sea una utopía.

Ojalá algún día logre responder a la pregunta que un día le hice a un sabio sacerdote montfortiano ya fallecido, en esos días que sentía que yo ya no era un ser humano, sino un pedazo de dolor. Le pregunté: “¿Padre usted cree que esto va a cambiar, la felicidad existe o es un cuento chimbo que nos echaron para que podamos permanecer aquí?”. Él no me respondió, solo me miró, se sonrió, se levantó y al rato volvió, me traía un libro ya viejito de José María Cabodevilla, *Feria de utopías*. No fue un libro fácil de leer, pero un trozo en especial me impactó:

Desde luego el reino de utopía es una isla. Debe serlo, por fuerza. Una porción de tierra enteramente rodeada de agua... aislada de toda contaminación, alejada del mundo mezquino, desdichado y caduco, representa el arca de perfección, dentro de un proceloso mar donde sigue azotando sin tregua la maldición bíblica, donde lamentablemente naufraga, por hipótesis necesaria, el resto de los humanos.

Y mientras unos naufragan, víctimas o victimarios, otros debemos tratar de sobrevivir por nosotros mismos, por Jefferson por Paula por David, por todos los que ya se fueron y por todos los que vendrán, ser algo así como el Ave Fénix abriendo camino sobre las cenizas que no dejan de arder.